

Racionalidad capitalista y medicina del trabajo

Ricardo Cuéllar Romero¹

Por eso, no hay que decir que una hora de trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. (Carlos Marx, Miseria de la filosofía)

Los pobres de Viena –se decía entre éstos, allá por 1850-1870– tenemos la suerte de ser muy bien diagnosticados por Skoda y muy bien autopsiados por Rokitansky. (Pedro Laín Entralgo, Historia de la medicina)

Este trabajo tiene como objetivo principal indicar cómo el surgimiento y consolidación del capitalismo plantean los problemas a la llamada medicina del trabajo y le señalan los caminos para su solución. Dicho en otros términos, se trata de mostrar la indiscutible “trabazón” entre tal “saber especializado” y las relaciones sociales y materiales burguesas.

Introducción

En su gran mayoría los estudiosos que se han interesado por la salud laboral, están de acuerdo en que la relación entre el trabajo y la salud es reconocida desde tiempos remotos. Además, de que con el surgimiento del capitalismo se agudizaron los problemas de salud atribuibles al trabajo.²

El otro punto que ha sido objeto de un relativo acuerdo, es el hecho de que la medicina del trabajo está decididamente influenciada por los conceptos, los métodos y las prácticas de las ciencias biológicas en general y particularmente de las

ciencias médicas. Así, su quehacer fundamental se centra en intentar reparar el daño, considerando la causa del problema de salud a la acción de los diferentes agentes frente al trabajador expuesto en el interior del ambiente de trabajo.

El tema que ante nosotros se presenta es, entonces, éste: señalar cómo el surgimiento y consolidación del capitalismo plantean los problemas a la llamada medicina del trabajo y señalan a ésta los caminos para su solución. Dicho en otros términos, se trata de demostrar la indiscutible “trabazón” entre tal “saber especializado” y las relaciones sociales y materiales burguesas.³ Sin perder de vista que un examen

¹ Maestría en Salud en el Trabajo, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

² Si ha habido épocas o situaciones afectas por una *morbilidad histórico-socialmente condicionada*, pocas o ninguna como la que denominamos siglo XIX. Con dos de sus consecuencias inmediatas, el pauperismo y las enfermedades y accidentes profesionales, la Revolución Industrial fue durante ese siglo la gran causante de enfermedades directa o indirectamente atribuibles a motivos de índole histórica y social. (Pedro Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, Salvat, España, 1978, p. 510).

³ Hemos de tener presente, como lección para el historiador, la necesidad (particularmente urgente hoy) de combatir toda historia de las ideas, de las mentalidades o de las ciencias, fundamentada en coherencias o filiaciones exclusivamente internas, formales, y no en la conexión entre “producción de conocimientos” (de cualquier orden que sean) y cambios en las relaciones de la vida social y material. (Pierre Vilar, “Marx y la historia” en *Historia del marxismo*, T. 1, Bruguera, España, 1979, p. 136).

acabado reclama un análisis tanto del origen como de la función social de la salud en el trabajo, en esta ocasión damos preferencia al primer punto.

Finalmente, y para evitar equívocos posibles, no queremos en modo alguno sugerir que la medicina del trabajo como saber especializado y práctica socialmente reconocida, deba ubicarse en el periodo histórico que este ensayo involucra. Lo que se analiza es la situación objetiva de su necesidad. Por su sencillez, no queda ninguna duda de que aquí nos interesa tan sólo avanzar una propuesta de estudio del problema planteado.

I

En el desarrollo del saber médico, en particular, de la llamada medicina del trabajo,⁴ en contraste con lo que sostiene el historicismo médico,⁵ el acontecimiento decisivo es el proceso histórico del surgimiento y consolidación del modo de producción capitalista.

Para Marx, son los procesos de división del trabajo manufacturero los que, a través de la atrofia física e intelectual que provocan en el obrero, proporcionan *por primera vez* el material y el impulso necesario para el surgimiento de una *patología industrial*.⁶ Así, el surgimiento de la patología laboral está asociado a la tendencia central del capital a imponer el tipo de racionalización que le es exclusivo: la del cálculo económico privado.

Como se verá más adelante, este acontecimiento reviste una importancia indiscutible. Por un lado, es sólo la generalización de la patología industrial la que facilita el establecimiento de ciertos saberes especializados: la medicina en general y la del trabajo en especial.⁷ Por el otro, ello tiene

lugar precisamente dentro de los límites que el capitalismo señala a la ciencia, a la filosofía y al pensamiento en general.

En efecto, la división capitalista del trabajo, de la cual la manufactura es tan sólo su primer momento, "impone en toda manifestación de la vida esa correlación de detalle regulado y todo causal: presupone la correspondiente estructura de la sociedad; produce y reproduce esa estructura en la medida en que se apodera de la sociedad".⁸

La forma histórica de la producción burguesa, en especial, el aumento constante de la división del trabajo y de su racionalización, a partir de las necesidades de la acumulación del capital, establecen los límites de la capacidad gnoseológica de la ciencia "quedándose también presa en la inmediatez, la que destruye y fragmenta la totalidad de la realidad, perdiendo con su especialización la visión del todo";⁹ de ello se desprende que

...cuanto más desarrollada está una ciencia moderna, cuanto más plenamente ha conseguido claridad metódica acerca de sí misma, tanto más resueltamente tiene que apartarse de los problemas ontológicos de su esfera, tanto más resueltamente tiene que eliminar esos problemas del campo de la conceptualidad por ella elaborada. Y cuanto más desarrollada y más científica sea, tanto más se convertirá en un sistema formalmente cerrado de leyes parciales y especiales, para el cual es metódica y principalmente *inasible* el mundo situado fuera de su propio campo, y, con él, también, y hasta en primer término, la materia propuesta para el conocimiento, *su propio y concreto sustrato de realidad*.¹⁰

De esta suerte, los saberes especializados, tanto naturales como sociales, surgen históricamente y se desenvuelven a partir de las necesidades de una racionalidad histórica: la del capitalismo. Mientras las ciencias naturales reciben un impulso definitivo al ser incorporadas al desarrollo de las fuerzas productivas, las ciencias sociales se constituyen, históricamente, de acuerdo a un proceso de división y de

⁴ Por cierto, es interesante tener en consideración lo expresado por Polack: "No hay nada más irrisorio que hablar de una medicina del trabajo; nuestra sociedad no conoce otra especialidad. Toda medicina es acto de regulación de la capacidad de trabajo. La norma de trabajo impregna el juicio de los médicos como punto de referencia, mucho más preciso que cualquier valor biológico o fisiológico mensurable". (Jean-Claude Polack, *La medicina del capital*, Fundamentos, España, 1974, p. 39).

⁵ Entre otros trabajos puede consultarse: M. Esqueda Calderón y G. Chiang Salcedo, "Breve reseña de los antecedentes de la Medicina del Trabajo" y Juan Antonio Legaspi Velasco, "La medicina del Trabajo en México" en *Lecturas en materia de seguridad social*. Medicina del trabajo, Instituto Mexicano del Seguro Social, México, 1982, pp. 21-30 y 43-49, respectivamente.

⁶ Ricardo Cuéllar, "La crítica de la economía política y la salud en el trabajo", *Salud Problema*, núm. 24, México, UAM-X, 1994, p. 14.

⁷ A su manera, este hecho es reconocido por la historiografía médica: "'Los pobres de Viena -se decía entre éstos, allá por 1850-1870- tenemos la suerte de ser muy bien diagnosticados por Skoda y muy bien autopsiados por Rokitansky'; lo cual pregonaba con ácido y resignado ingenio este hecho: que el enorme, espléndido progreso de la medicina moderna ha sido conseguido sobre el cuerpo del enfermo pobre". (Lafin Entralgo, *op cit.*, p. 541).

⁸ Lukács, Georgy. "La cosificación y la consciencia del proletariado". *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969, p. 111.

⁹ *Idem*, p. 112.

¹⁰ *Idem*, p. 113.

subdivisión de los objetos de estudio en un esfuerzo de la burguesía de extender los métodos de las ciencias de la naturaleza a los fenómenos humanos.¹¹

En semejante situación, el programa básico de la mentalidad científico-natural proclama: 1. Sólo los hechos procedentes de la observación sensorial, sea ésta directa o instrumental, básiense en la mera contemplación o en el artificio del experimento, pueden ser admitidos como punto de partida del saber científico. 2. Tales hechos comienzan a ser verdadera ciencia cuando permiten establecer entre ellos, de una manera incuestionable, relaciones de causa a efecto. 3. El carácter científico de ese saber gana rigor y perfección cuando el “dato de la observación” se convierte en “resultado de una medida” y, por tanto, en “dato numérico”. 4. El saber científico logra su perfección suma, cuando la relación entre los datos numéricos correspondientes a la causa de un fenómeno y los correspondientes al efecto de esa causa, nos conduce a formular una “ley general de la naturaleza”.¹²

Entonces, no es de extrañar que la metodología positivista, que implica una ontología de los individuos abstractos, considere a los fenómenos sociales en términos de propiedades medibles y observables e intente su explicación a partir de causas o de relaciones fundacionales.

Así, pues, el desplazamiento capitalista del productor directo respecto del proceso total de la producción y la fragmentación del proceso de trabajo, que acarrearán el fenómeno de la enajenación, así como la administración “científica” del trabajo, influyen profundamente en el pensamiento, la ciencia y la filosofía del capitalismo.

A esto hay que añadir que la individualización de la vida social y la expresión de las relaciones sociales como relaciones de cambio (autonomía de las relaciones sociales

cosificadas), llevan aparejado el fenómeno del desconocimiento del hombre como tal. Excepto la de trabajador, no existirá en el capitalismo el reconocimiento real del obrero como ser humano. Ciertamente es que, aun este reconocimiento del hombre como mero trabajador, dependerá de la existencia efectiva del capital:

Tan pronto como el capital –necesaria o voluntariamente– no existe ya para el trabajador, éste no existe para sí mismo (...) La economía política no reconoce, pues, al trabajador en tanto que se encuentre fuera de esta relación de trabajo. Los estafadores, ladrones, mendigos, desempleados, los trabajadores que mueren de hambre y de pobreza o los criminales son figuras que no existen para la economía política (...)¹³

La transformación de la fuerza de trabajo en mercancía (la conversión de una función humana en mercancía), la reducción del ser humano a nivel de objeto, de mero factor de la producción, determina una cierta concepción del hombre en términos de máquinas, perfectamente racional para el punto de vista capitalista.¹⁴

La extensión y consolidación de las relaciones sociales de producción burguesas, significan la generalización de la base social y material, en apoyo al desarrollo de la mentalidad científico-natural y del trabajo cosificado. Tienen lugar, entre otros fenómenos de gran alcance, la subordinación del cuerpo biológico al “cuerpo productivo”, del trabajo vivo al trabajo muerto, del trabajo concreto al trabajo abstracto, del trabajo cualitativo al trabajo cuantitativo.¹⁵

II

Por eso, no es puramente casual que, un “saber especializado” como la medicina del trabajo basado en tal mentalidad y, por supuesto, en la estructura de la cosificación, establecerá, en esencia, una conceptualización reducida al accidente y a

¹¹ “Cuando en Inglaterra el mercado adquirió un desarrollo tal que el trabajo manual no podía ya satisfacer la demanda, se sintió la necesidad de máquinas. Entonces se empezó a pensar en la aplicación de la ciencia mecánica, que en el siglo XVIII ya estaba plenamente formada”. Más adelante: “Por último, a partir de 1825, casi todas las nuevas invenciones fueron el resultado de choques entre obreros y patronos, que trataban a toda costa de depreciar la especialidad de los obreros. Después de cada nueva huelga de alguna importancia surgía una nueva máquina”. (Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, Editorial Cartago, Argentina, 1973, p. 94). Acerca de la “influencia” de las ciencias naturales en las sociales, y en particular en la sociología, véase Goergy Lukács, *El asalto a la razón*, Grijalbo, España, 1978, pp. 471-473.

¹² Pedro Laín Entralgo, *Historia universal de la medicina*, Salvat, España, 1972, T. VI, p. XVI.

¹³ Karl Marx, “El trabajo enajenado” en *Manuscritos económicos-filosóficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pp. 119-120.

¹⁴ Es fácil comprender, por cierto, la orientación fundamental de la economía burguesa, en particular, de la llamada *teoría de la productividad marginal*, que intenta refutar al marxismo al desarrollar “una teoría para probar que todos los factores productivos –mano de obra, tierra o capital– obtenían una remuneración exactamente igual a su contribución al valor del producto. Nadie podía explotar a nadie, no había ningún excedente no ganado que pudieran apropiarse los dueños del capital (...) El trabajador recibe lo que merece, ni más ni menos. (Daniel Fustfeld, *La época del economista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 164).

¹⁵ “Por eso, no hay que decir que una hora de trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. El tiempo lo es todo, el hombre no es nada; es a lo sumo, la cristalización del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad lo decide todo: hora por hora, jornada por jornada...” (Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, op cit., p. 37).

la enfermedad a partir de una consideración básica: estimar al trabajador y al trabajo como meros *factores*.

Un destacado autor, Karel Kosik, en su crítica de la “teoría de los factores” sostiene que:

En la investigación analítico-metafísica varios aspectos del todo social se transforman en categorías particulares e independientes, y los distintos elementos de la actividad social del hombre (...) se convierten, en la cabeza de los hombres, en fuerzas independientes, que determinan la actividad humana. Los diversos aspectos del todo social llegan de ese modo a aislarse y transformarse en abstracciones; se investiga su conexión recíproca (...) La síntesis operada con tales abstracciones metafísicas es, por tanto, exterior y la conexión mutua de los factores abstractos es sólo formal, o mecánicamente causal.¹⁶

Es importante también tomar en cuenta aquí, que el carácter *cosificado* del trabajo, en el capitalismo, impone a la medicina del trabajo y, en general, a los demás saberes especializados, considerar al trabajo no en su esencia y generalidad, sino como simple *actividad laboral*. De ahí su interés, *relativo por cierto*, por el análisis y descripción de los procesos de trabajo o por el trabajo en sus formas empíricas. En los estudios médicos del trabajo y en sus correspondientes conceptos, se asume al hombre como factor humano y a su trabajo como el factor trabajo, siendo éste último el agente más importante de la producción.

El accidente laboral se explica por la presencia de diversos factores: acto inseguro, condición insegura, tipo de lesión, parte del cuerpo lesionada, agente de la lesión y tipo de accidente. Así, los accidentes se consideran como acontecimientos que suceden dentro de un sistema biopsicosocial complejo, constituido por el individuo y el contexto sociocultural a que pertenece.¹⁷ Se establece que la salud “...afecta a los componentes socioeconómicos, pero éstos a su vez, afectan a la salud; destacan por su importancia, en tal interacción, los factores del ingreso, del nivel de vida...”¹⁸.

En esta concepción se advierte, evidentemente, un tipo de causalidad que oscila entre una sencilla causalidad mecánica en la que un factor es causa y otro efecto, o interacción pluralista, “...mera conexión mutua, que excluye *cualquier* causalidad”, dando lugar a una metodología funcionalista y

computativa.¹⁹ Y ello como consecuencia, en el campo ideológico y político, de una posición, naturalmente, burguesa.

III

Después de señalar, así, la nítida influencia de lo que hemos llamado la racionalidad capitalista en la medicina del trabajo, debemos poner de relieve ahora, en pocas palabras, lo que hay de común con ciertas posturas de corte epidemiológico. En particular, interesa señalar cómo la “apertura interdisciplinaria”, que parece ser una de los rasgos sobresalientes del trabajo epidemiológico, puede acarrear, también, una metodología funcionalista.

La revisión de un breve ensayo presentado en el mes de octubre del año de 1992 en la ciudad de Granada, España, en el I Congreso Iberoamericano de Epidemiología, denominado “La práctica teórica de la epidemiología social en América Latina”, del Doctor Naomar de Almeida-Filho, es suficiente para el objetivo que aquí se pretende alcanzar.

La propuesta fundamental que hace su autor, después de llevar a cabo un rápido análisis de los autores que el considera los más representativos de la llamada epidemiología social, Cristina Laurell y Jaime Breilh, consiste en sugerir la necesidad de “...abrir la ciencia epidemiológica a la investigación de los aspectos simbólicos (tales como valor, relevancia y significado) del riesgo y sus determinantes”.

Para ello, sugiere “construir una nueva rama de la ciencia epidemiológica: la Etnoepidemiología”. Esta nueva orientación, la perspectiva etnoepidemiológica, “se inicia primariamente por la exploración de alternativas para la investigación sobre procesos y prácticas sociales ligadas a la salud, basadas en una referencia espacio-población más concreta”.

Por supuesto, la propuesta en cuestión reconoce una práctica científica “a partir del presupuesto fundamental que los fenómenos de salud-enfermedad son procesos sociales y políticos y, como tal, deben ser concebidos concretamente son: históricos, fragmentados, inciertos, dependientes, ambiguos, conflictivos, complejos”.

¹⁶ Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1976, p. 125.

¹⁷ Ma. del Carmen Merino, “Factores humanos de los accidentes de trabajo”, en *Revista Mexicana del Trabajo*, núm. 4, México, STyPS, octubre-diciembre de 1973, p. 267.

¹⁸ Karel Kosik, *op cit.*, p. 131.

¹⁹ José Laguna, “La salud en el trabajo” en *Revista Mexicana del Trabajo*, *op cit.*, p. 217.

Su propuesta está soportada en lo que llama, la orientación teórica del marxismo. En particular, señala que el concepto "modo de vida", concepto muy importante en su propuesta, se encuentra implícito "y se puede hallar difusamente en la obra marxiana, especialmente en los Grundrisse y en el Capital".

En su "crítica radical" a Laurell y Breilh, según Naomar de Almeida-Filho, se encuentran tres asuntos: el monodeterminismo de sus concepciones teóricas, la insuficiencia de su crítica al concepto epidemiológico de riesgo y la imposibilidad, dada "la capacidad metodológica de la ciencia humana contemporánea, para cumplir" sus metas.

Señala además que tales autores, en su búsqueda de la totalidad, han elaborado "rigurosas y ricas teorías parciales, listas para la incorporación a un cuerpo teórico que las compatibilice entre sí y las integre a otras teorías parciales sobre lo que hace falta a tan importante esfuerzo".

Formalmente, es esta última reflexión la que autoriza a Almeida a sugerir el concepto de "modo de vida". A partir de aquí es posible señalar diversos puntos importantes que surgen a propósito del ensayo de Almeida.

En primer lugar, es difícil aceptar sin más, que tanto en Laurell como en Breilh hay una "ambición de búsqueda de la totalidad (...)" Si por totalidad no estamos entendiendo un cierto quehacer metafísico que, a través de la simple agregación de "factores" que se va juzgando que intervienen en la situación problemática, aspira a la construcción de *teorías generales*.

En todo caso, lo que sí existe en Laurell y Breilh es una acertada intención de localizar aquellos conceptos sociales y biológicos que dan cuenta de las *tendencias fundamentales* en la forma de enfermar y morir de las poblaciones históricamente determinadas.

No es difícil establecer que la pretensión de aspirar a elaborar teorías generales es ajena al marxismo. Claro que la situación no es sencilla. Kosik ha señalado acertadamente que:

...los conceptos centrales de la filosofía en los que se revela los aspectos esenciales de la realidad tienen un extraño destino. No son *nunca* monopolio intelectual de la filosofía que por primera vez se sirvió de ellos y los fundamentó, sino que, gradualmente, pasan a ser propiedad común. La difusión o aceptación de los conceptos, o el proceso mediante el cual un concepto adquiere notoriedad universal entraña, al mismo tiempo, su metamorfosis. También la categoría de totalidad ha alcanzado en el siglo XX una amplia resonancia y notoriedad, pero, a la par con ello, se ha visto expuesta continuamente al peligro de ser entendida de manera unilateral, y transformarse así en su opuesto, es decir, dejar de ser un concepto *dialéctico*.²⁰

No es este el lugar para desarrollar en extenso la discusión acerca del concepto de totalidad. Basta con mencionar que ella está presente en autores de la talla de Lukács, el propio Kosik, Korsh, entre otros (para no mencionar a Marx y Lenin). Es Korsh quien con una redacción muy sencilla ubica la discusión en sus exactas consecuencias:

La "teoría" marxista no pretende obtener un conocimiento objetivo de la realidad debido a un interés independiente y teórico (...) Y precisamente porque nunca pierde de vista su objetivo práctico, evita cualquier intento de forzar toda la experiencia en el esquema de una construcción monística del universo con el fin de edificar un sistema unificado del conocimiento. La teoría marxista no está interesada en todo, ni está interesada en igual medida en todos los objetivos de su interés.²¹

En estas circunstancias, el problema no parece ser ni construir "edificios teóricos tan amplios" ni detenerse en supuestas incapacidades metodológicas.²² Por el contrario, de lo que se trata es de plantear, esto es, delimitar adecuadamente lo que se quiere resolver.

La ausencia de una adecuada delimitación del problema no sólo puede frustrar la ambición de alcanzar la anhelada "epidemiología total", sino que la práctica de la investigación

²⁰ Karel Kosik, *op cit.*, pp. 53-54. Por su parte, Gurvitch dice: "La revolución que presenciamos en la metodología de la ciencia, de las ciencias humanas en especial, convierte en grave riesgo el empleo de numerosos términos aceptados. Dialéctica y Empirismo forman parte de ellos. Nunca han estado dos términos tan de moda; nunca como hoy habían servido tanto a encubrir posturas dogmáticas, inconscientes o no...*Dialéctica y empirismo* han corrido con suerte idéntica. Su sentido verdadero, así como su vocación han sido deformados durante su historia, larga y sinuosa" (G. Gurvitch, *Dialéctica y sociología*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Venezuela, 1965, p. 5).

²¹ Karl Korsch, *Tres ensayos sobre marxismo*, Era, México, 1979, p. 94.

²² Por supuesto, planteado en otras condiciones, esto es sumamente importante. A decir de Lange, el aparato conceptual de la cibernética "...hace posible una formulación precisa y las soluciones a dos problemas básicos. Uno es el problema de los *todos*...El otro problema es el de la naturaleza dialéctica del desarrollo...De esta manera, la cibernética está constituyéndose en un importante instrumento auxiliar para la presentación precisa y la solución de varios problemas básicos del materialismo dialéctico" (Oscar Lange, *Los todos y las partes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 87).

puede caracterizarse por una incorporación indiscriminada de las múltiples técnicas y métodos generados en otros campos: economía, sociología, demografía, politología y, recientemente, antropología.

Por cierto, métodos y técnicas derivados también de *saberes especializados*. Saberes sociales que históricamente surgen y se desarrollan en contraposición al marxismo, es decir, saberes que se desenvuelven a partir de las necesidades de una sociedad concreta, el capitalismo, del cual el marxismo es precisamente su crítica.

Este es un problema epistemológico importante, como ya quedó establecido, mientras las ciencias sociales se constituyen históricamente de acuerdo a un proceso de división y de subdivisión de los objetos de estudio, en el afán de la burguesía de extender los métodos de las ciencias de la naturaleza a los fenómenos humanos, el marxismo surge de una síntesis entre “fuentes” distintas: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo francés.

La propuesta de Almeida, en el sentido de incorporar las “rigurosas y ricas teorías parciales (...) a un cuerpo teórico que las compatibilice entre sí y las integre a otras teorías parciales (...)”, parece implicar una forma de conocer de naturaleza metafísica: un conocimiento sistemático y acumulativo. O, lo que para el caso es lo mismo: una postura sistémica.

Por otro lado, si las “ricas” teorías parciales de las que se habla, han sido inspiradas en el marxismo, por qué no encontrar en él al “cuerpo teórico que las compatibilice”. En efecto, si los nuevos (y viejos) contenidos de la epidemiología social, impuestos a ella por la realidad misma, se han basado en el marxismo, entonces cabe demandar, consecuentemente, que su desarrollo preste una mayor atención al marxismo. Este ofrece los más valiosos fundamentos que es preciso desarrollar y que ciertamente no sustituyen a la reflexión epidemiológica, esto es, al análisis de la realidad misma.

No parece quedar ninguna duda sobre el hecho de que para que ello fuera posible, haría falta considerar los límites

históricos y conceptuales de tal labor de integración. ¿Qué es lo que es legítimo integrar (si es que puede hablarse de integrar): concepciones filosóficas, conceptos, métodos, técnicas o resultados?

El punto no es sencillo. Es claro que los criterios de validación del conocimiento y, en esa medida, los procedimientos para investigar, son diferentes según se trate del marxismo, de los saberes sociales y, aun de las llamadas ciencias naturales.

Por supuesto, para no incurrir en equívocos, sería necesario intentar no caer en

...la gran confusión que implica adaptar la empresa de Marx a la conciencia socio-científica actual, dependiente de los criterios ahistóricos de la racionalidad ‘operacional’...La dialéctica materialista escapa no sólo a semejantes alternativas intrafilosóficas, sino también a los habituales esquemas clasificatorios del tipo de la teoría o la sistematización de la ciencia (...)²³

No es el caso discutir cada aspecto contenido en lo anterior, sino recordar algo que no por obvio, deja de ser fundamental: no podemos esperar que en Marx exista una epidemiología como tal, con su problemática de saber establecido.

Y no menos cierto es, que en el estado contemporáneo de la discusión, no es ya suficiente desdeñar la reflexión filosófica con el argumento de que ella no ayuda a la solución de los problemas “prácticos”.²⁴ Huelga decir que en ausencia de una conceptualización rigurosa, la incursión de la reflexión en salud por nuevos territorios, no puede conducir a un replanteamiento real de la *totalidad* de la salud.

Conclusión

Si nos detenemos a recapitular, por lo menos en sus rasgos fundamentales, se debe decir que, una vez considerada la perspectiva aquí elaborada, queda claro que, si queremos afrontar correctamente el problema planteado, es necesario asumir plenamente la crítica a las relaciones sociales capitalistas, tanto en sus manifestaciones “objetivas” como “subjetivas”.

²³ Alfred Schmidt, “Sobre el concepto cognoscitivo de la crítica de la economía política” en *La crítica de la economía política, hoy*, (Coloquio de Frankfurt), Universidad Autónoma de Puebla, México, 1983, p. 63.

²⁴ Por lo menos por lo que un autor ha establecido: “Una de las maneras más corrientes de escapar a la crítica es la de sugerir que la crítica no ayuda a la solución de los problemas prácticos, y este sofisma se halla relacionado con las actitudes hostiles hacia lo que es ‘meramente crítico’ en contraste con lo que es ‘constructivo’, o mejor aún ‘creativo’. La versión popular de esta actitud sería: ‘Es fácil criticar, pero lo que necesitamos son propuestas constructivas’. En otras palabras, si algo es malo, no debe decirse que es malo a menos que pueda hacerse mejor” (Kenneth Minogue, *The liberal mind*, citado en P. T. Bauer, *Crítica de la teoría del desarrollo*, Ariel, España, 1975, p. 453).